

CAPÍTULO XI.

*Del éxtasis y muerte de su madre.*

27. No me acuerdo muy bien de lo que respondí á estas palabras de mi madre. Pero de allí á cinco dias ó muy poco más, cayó enferma de calenturas. En uno de los dias de su enfermedad padeció una especie de desmayo, en que por algun tiempo estuvo enajenada de los sentidos. Nosotros acudimos ; pero prontamente volvió en sí, y mirándonos á mi hermano y á mí, que estábamos allí inmediatos á su lecho, nos dijo en tono de quien pregunta : *¿Dónde estaba yo ahora?* Y despues viéndonos sobrecogidos de afliccion, nos dijo : *Aquí dejaréis enterrada á vuestra madre.* Yo callaba y reprimia el llanto ; pero mi hermano le dijo no sé qué palabras, que aludian á desearle como cosa mas feliz el que muriese en su patria, y no en país tan extraño. Ella habiendo oido esto, mirándole primero con un rostro severo y desazonado, como reprimiéndole con los ojos que pensase de aquel modo ; y mirándome despues á mí,

dijo : *Mira lo que dice este.* Luego hablando con entrambos añadió : *Enterrad este cuerpo donde quiera, y no tengais mas cuidado de él ; lo que únicamente pido y os encomiendo, es que os acordeis de mí en el altar del Señor, donde quiera que os halleis.* Habiendo manifestado este su pensamiento con las palabras que pudo, se quedó callando, y agravándose la enfermedad, creció tambien su fatiga.

28. Mas yo, Dios mio, considerando los dones que vuestra inescrutable providencia derrama invisiblemente en los corazones de vuestros fieles, haciendo que de allí nazcan frutos admirables, no podia menos de alegrarme y daros muchas gracias por lo que acababa de oir á mi madre, acordándome del gran cuidado que habia tenido siempre de su sepulcro, y como le tenia ya prevenido y preparado junto al de su marido. Porque habiendo vivido los dos con grande union y concordia, queria tambien, como es propio de un alma que todavía no está perfectamente capaz de las cosas divinas, que se añadiese á esta felicidad, el que despues de su muerte contasen los hombres como despues de aquella peregrinacion ultramarina le

hubiese Dios concedido restituirse á su patria, para que la tierra de sus dos cuerpos se cubriese con la tierra inmediata y contigua de sus dos sepulcros. Como yo ignoraba cuánto tiempo habia ya que vuestros dones habian llenado su corazon, y expelido de él un pensamiento tan vano como este, me llenó de alegría y admiracion lo que acababa de decirme. Es verdad que en aquel coloquio que tuvimos los dos á la ventana cuando me dijo : *¿Qué es lo que hago en este mundo ya?* no dió á entender de ninguna manera, que tuviese ya deseo de morir en su patria.

Tambien supe despues, como en aquel mismo tiempo que nos detuvimos en el puerto de Ostia, un dia en que yo me hallaba ausente, estuvo mi madre hablando con unos amigos míos, á quienes trataba con la confianza que pudiera una madre con sus hijos, acerca del menosprecio de esta vida, y de los bienes y utilidades de la muerte. Admirándose ellos de la excelente virtud que Vos habiais concedido á aquella piadosa mujer, le preguntaron si verdaderamente no le daria sentimiento alguno el morir allí y dejar su

cuerpo en una tierra tan léjos de su ciudad y patria ; á lo que ella respondió : *Nada hay léjos para Dios : ni hay que temer que se le olvide ó no sepa el lugar donde está mi cuerpo, para resucitarme en el fin del mundo.*

En fin, aquella alma tan llena de religion y piedad, fue desatada de las ligaduras del cuerpo al nono dia de la enfermedad referida, á los cincuenta y seis años de su edad, y á los treinta y tres de la mia.

## CAPÍTULO XII.

*De como lloró la muerte de su madre.*

29. Al mismo tiempo que yo cerraba sus ojos al cadáver, se iba apoderando de mi corazon una tristeza grande, que iba á resolverse en lágrimas ; pero mis ojos obedeciendo al violento imperio del alma, absorbian toda la corriente de su llanto, de modo que pareciesen enjutos ; y en esta repugnancia que hacia al desahogo del llanto, tenia que vencer y que padecer mucho. El jóven Adeodato, luego que mi madre dió el último aliento, comenzó á llorar á gritos ; pero á

persuasion de todos nosotros se sosegó y calló. Á este modo tambien era lo que yo experimentaba, pues aquel primer movimiento, que con pueril flaqueza me queria hacer prorumpir en llantos y gemidos, á la voz y precepto de mi alma, como de sujeto mas prudente y juicioso, se reprimia y callaba. Porque no pensábamos por conveniente acompañar con lamentos, gemidos y sollozos la muerte de mi madre; por ser estas unas demostraciones con que por lo comun suele llorarse la infeliz y desgraciada suerte de los que han muerto, ó con que al parecer se significa, que se han consumido enteramente ó aniquilado. Pero mi madre, ni habia muerto de modo que se le pudiese temer algun infeliz destino, ni habia muerto de todo punto, lo cual teníamos por verdad muy cierta, ya atendiendo á la pureza de sus costumbres y método de vida, ya á su fe no fingida, sino muy verdadera, ya tambien por otras muchas razones que nos lo aseguraban.

30. Pues ¿qué era, Señor, aquello que tan gravemente sentia en lo interior de mi alma, sino la herida reciente que en ella habia causado, el haberse disuelto repentina-

mente aquella costumbre de vivir en su compañía, que me era tan sumamente amable y deliciosa? Es cierto que me complacia mucho lo que mi madre habia testificado de mí, aun en esta su última enfermedad, en la cual como halagándome por los obsequios que yo le hacia y lo que la cuidaba, me llamaba *hijo piadoso*: traia tambien á la memoria con grande afecto y ternura, que jamás habia oido de mi boca palabra ni voz alguna que le fuese molesta ni injuriosa. Pero á la verdad, Dios mio y mi Criador, ¿qué importaba todo esto, ni cómo era comparable el reconocimiento y respeto que yo le tuve, con los cuidados y servicios que le debia? Así viendo yo que quedaba desamparado de tan grande consuelo como de ella recibia; mi alma estaba traspasada del dolor y pena, y parece que mi vida se despedazaba; pues la mia y la suya no hacian mas que una sola <sup>4</sup>.

31. Despues que á nuestras persuasiones, como he dicho, reprimió las lágrimas y clamores Adeodato, cogió Evodio un salterio, y comenzó á cantar aquel salmo: *Vuestra misericordia, Señor, y vuestra justicia cantare*

*en vuestra presencia* : y le respondíamos todos los que estábamos en la casa. Al ruido de nuestras voces acudió gran número de personas fieles y piadosas de uno y otro sexo, y mientras que los que tienen esto á su cargo, disponian todas las cosas que segun costumbre se requerian para el entierro ; yo en un lugar retirado, donde podia estar sin menoscabo de mi decoro, en compañía de algunos que no tuvieron por conveniente el dejarme solo, trataba y conferenciaba aquellas materias que me parecian oportunas y propias de aquella ocasion. Esta disputa é indagacion de la verdad servia como de lenitivo á mi dolor y tormento, que solamente á Vos era notorio ; pues los demás que me acompañaban y oian atentamente nuestras conferencias, no solamente ignoraban mi pena y sentimiento, sino que juzgaban que estaba sin pesadumbre ni dolor alguno. Pero bien llegaban á vuestros oidos las interiores voces de mi alma, con que yo me reprendia á mí mismo la debilidad y poca fortaleza de mi afecto, aunque los circunstantes no pudiesen oirlas. Tambien delante de Vos comprimia el ímpetu de mi tristeza, la que cesando por

brevísimo tiempo, volvía á prevalecer y apoderarse de mi corazón, aunque no tanto que me hiciese prorumpir en lágrimas, ni se advirtiese alguna mutacion en mi semblante ; pero yo bien sabia cuán gravemente oprimido estaba mi corazón y acongojado. Y como por otra parte me desazonaba mucho el que hiciesen en mí tan fuerte y poderosa impresion estos sucesos humanos, que forzosa y necesariamente han de suceder, ya por el orden que vuestra providencia tiene establecido, ya por ser propios de nuestra condicion y naturaleza, con otro nuevo dolor sentia mi dolor primero, y me afligia con duplicada tristeza.

32. Llegóse el tiempo de llevar el cadáver, y no lloré en todo el camino, ni á la ida ni á la vuelta ; pues ni aun en aquellas preces y oraciones que os hicimos, mientras se os ofrecia por su alma el sacrificio de nuestra redencion, estando ya puesto el cadáver junto á la sepultura antes que se enterrase, como allí se acostumbra hacer, ni en aquellas preces me enternecí ni lloré. Sin embargo estuve todo el dia poseido interiormente

de una gran tristeza ; y del modo que me permitia la turbacion de mi alma , os suplicaba que sanáseis mi dolor ; pero Vos no lo haciais , y era , segun creo , para que á lo menos por esta experiencia mia aprendiese y tuviese en la memoria la gran fuerza que tienen los lazos de toda costumbre , contra todas las reflexiones que pueda hacer un alma que ya está desengañada , y no se alimenta de la falsedad y mentira.

Entonces me pareció que tambien me vendria tomar baños , porque habia oido decir , que en latin se llamaban *Balnea* , del nombre griego *Balanion* , para significar que expelen y echan fuera del alma toda afliccion y tristeza. Pero tambien debo confesar á vuestra infinita misericordia , con la que sois Padre mio y de todos los huérfanos , que despues de haberme bañado , me hallé del mismo modo que antes ; porque el calor del baño no pudo hacer que expeliera por sudor la amargura y tristeza de mi alma.

Dormí despues un rato , y cuando desperté , conocí que mi pena y sentimiento en parte se me habia mitigado. Entonces estando

solo en mi lecho , se me acordaron aquellos versos tan verdaderos de vuestro siervo Ambrosio , en que hablando con Vos dice :

Divino Criador del universo,  
Que los cielos regis de polo á polo,  
Engalanando el dia con el terso  
Y hermoso resplandor que el sol da solo ;  
Y que la noche , para fin diverso ,  
Vestis de luto con gustoso dolo  
De los sentidos , que al trabajo adverso  
Habilita los miembros fatigados ,  
Por medio del descanso y el reposo ,  
Para que por el sueño confortados  
Vuelvan á su ejercicio laborioso :  
Asimismo las almas angustiadas  
Con cuidados , discursos , sutilezas ,  
Mediante el sueño , miran aliviadas  
Sus penas , aflicciones y tristezas , etc.

33. Pero desde estas consideraciones volvia á recaer poco á poco en los antecedentes y pasados sentimientos , acordándome de aquella vuestra sierva , de su vida y conducta fiel , tan piadosamente ordenada á Vos , como santamente halagüeña y suave para mí ; y no pudiendo reprimir el sentimiento de verme privado de ella repentinamente , me dió gana de llorar delante de Vos por ella y por mí ; tomando motivos para llorar de su proceder y el mio. Así solté el dique á mis lágrimas,

que hasta entonces tenía represadas, dejándolas correr cuanto quisiesen, hasta que nadas y descansase mi corazón en ellas; como efectivamente descansó, por ser Vos el único testigo que habia de mi llanto, no habiendo allí persona humana que diese á mis lágrimas alguna interpretacion vana y siniestra.

Ahora, Señor, tambien os lo confieso por escrito; léalo el que quisiere, é intérpretele como gustare. Si le pareciere que hice mal, y que pequé en haber llorado á mi madre por un corto espacio de tiempo; á una madre muerta allí á mis ojos, y que por muchos años me habia llorado á mí para que viviese á los vuestros, le pido que no se ria de mi llanto; antes bien, si tiene bastante caridad, llore él tambien por mis pecados delante de Vos, Dios mio, que sois el Padre de todos aquellos fieles que son hermanos de vuestro Hijo Jesucristo.

NOTA.

<sup>1</sup> Con esta misma expresion explicó el amor extremado que tenia á aquel amigo que se le murió en Tagaste, de quien habló en el lib. iv, cap. vi;

pero aunque retrata aquella expresion, y le parece demasiada hablando del amor de su amigo, no la retrata ni modera hablando del que tenia á su santa madre.

CAPÍTULO XIII.

*Ora Agustin á Dios por su difunta madre.*

34. Pero ahora que ya estoy sano de aquella herida que penetró mi corazón, y en que pudiera reprenderse por excesivo mi carnal afecto, os ofrezco, Dios mio, por aquella sierva vuestra otro muy diferente género de lágrimas, que dimanán del temor que padece mi espíritu, considerando los peligros de cualquier alma que contrae *la culpa y muerte de Adán*. Pues aunque mi madre fue vivificada en Cristo, y tambien mientras vivió en este mundo tuvo una conducta tan justificada, que su fe y sus costumbres dan motivo de que se alabe y bendiga vuestro santo nombre; con todo eso no me atreveré á asegurar, que desde que le disteis la vida de la gracia en el bautismo, no se le escapase de su boca siquiera una palabra que por vuestros

mandamientos estuviere prohibida. Y sabemos que la Verdad por esencia, que es vuestro unigénito Hijo, dejó dicho en su Evangelio, que *si alguno injuriase á su hermano diciéndole que es un fatuo, se hacia digno del infierno*. Así ¡desventurado el hombre, por mas laudable que haya sido su vida, si Vos le juzgáreis sin misericordia!

Mas como no escudriñais con todo ese rigor nuestros pecados, confiadamente esperamos hallará en vuestra piedad algun lugar el perdón. Y á la verdad, Señor, cualquiera que delante de Vos contara y alegara sus verdaderos méritos, ¿qué hacia sino contar los que Vos le habíais dado, pues todos son dones vuestros? ¡Oh si los hombres acertasen á conocer que son hombres! ¡y el que se alaba y gloria, se alabase y gloriasse en el Señor!

35. Yo, pues, ¡oh alabanza mia, vida mia, Dios de mi corazon! dejando ahora aparte todas las buenas obras de mi madre, por las cuales os doy muchas gracias con grande gusto mio, os pido ahora el perdón de sus pecados. Concedédmele, Señor, por los méritos de Jesucristo, que murió pen-

diente del árbol de la cruz, que fue el remedio universal de todas nuestras llagas, y ahora sentado á vuestra diestra, no cesa de interceder por nosotros. Yo sé que ella ejercitó las obras de misericordia, y que perdonó muy de corazon á todos los que la habian ofendido; pues Vos, Señor, perdonad tambien á ella sus deudas, si contrajo algunas en tantos años como vivió, despues que fue lavada en el agua saludable del bautismo. Perdonadla, Señor, perdonadla, os ruego: *y no entreis con ella á juicio. Sobresalga, Señor, vuestra misericordia sobre vuestra justicia*; ya que no puede faltar la verdad de vuestras palabras, y Vos habeis prometido tener misericordia con los que han sido misericordiosos. Si ellos lo fueron, á vuestra misericordia deben el haberlo sido; y como dice vuestro apóstol Pablo: *Tendréis misericordia de los mismos con quienes antes habeis sido misericordioso, y daréis vuestra misericordia á aquellos con quienes queráis usarla.*

36. Yo bien creo, que ya Vos habréis ejecutado lo mismo que os suplico; *pero llevad á bien, Señor, que yo os explique estos deseos de mi voluntad, cuando os ruego por*

una madre tan cristiana, que estando ya próximo el día de su muerte, no pensó siquiera en que su cuerpo se enterrase con aparato suntuoso, ni de que fuese antes embalsamado, ni deseó que le colocasen en un sepulcro distinguido y separado, ni cuidó de que le llevasen al que en su patria tenía prevenido. Nada de esto nos mandó; sino únicamente que nos acordásemos de ella en el sacrificio del altar, al cual todos los días asistía y cooperaba indispensablemente. Sabia que en él se ofrecía y sacrificaba aquella Víctima santa, con cuya sangre *se borró la cédula del decreto que había contra nosotros*, y quedó vencido nuestro mortal enemigo, que es el que se ocupa en hacer el cómputo de nuestros pecados; el que por mas solícito que anduvo buscando algun defecto que oponer contra la santidad de aquel por quien le vencimos, no halló imperfeccion alguna que fiscalizar.

¿Quién podrá volverle la inocente sangre que derramó por nosotros? ¿Quién podrá restituirle el infinito precio con que nos compró y se hizo Señor de nosotros, para que intente arrancarnos de su poder y dominio?

Pues á este Sacramento que contiene el precio de nuestra redencion, es al que mi madre y sierva vuestra tenia atada estrechamente su alma con el lazo de la fe. Nadie, pues, Dios mio, nadie rompa ese lazo separándola de vuestra proteccion. No se interponga á estorbarla el dragon infernal con sus violencias ni con sus astucias: es verdad que ella no responderá que no debe cosa alguna, ni tiene que satisfacer á vuestra justicia, temiendo ser convencida de lo contrario y venir á manos de su acusador astuto y malicioso; pero responderá que sus deudas se las ha perdonado aquel Señor, á quien nadie puede restituir lo que pagó por nosotros sin deberlo.

37. Descanse eternamente en paz con su marido, que fue el único que tuvo, pues ni despues de él conoció á otro, habiéndole servido de manera, que al mismo tiempo que mereció mucho para con Vos por su paciencia, logró tambien ganarle para Vos.

Inspirad Vos, Dios mio y mi Señor, inspirad á vuestros siervos que miro como á hermanos, inspirad á vuestros hijos que venero como á señores míos, á quienes sirvo



con mis palabras, con mi corazón, con mis escritos : que todos los que leyeren estas mis Confesiones, hagan en vuestros altares conmemoracion de Mónica vuestra sierva, y juntamente de Patricio su esposo, por medio de los cuales me disteis el ser, y me introdujisteis á esta vida, sin saber yo cómo. Á todos, pues, les ruego, que con un afecto de piadosa caridad se acuerden de los que fueron mis padres en esta luz y vida transitoria, y mis hermanos en el seno de la Iglesia católica madre de todos los fieles, siendo Vos el Padre de todos, y que espero serán tambien mis conciudadanos en la Jerusalem eterna, por la cual suspira incesantemente vuestro pueblo, mientras dura su peregrinacion en esta vida, hasta que vuelva á la deseada patria. Así tendré yo el consuelo de haber procurado á mi madre las oraciones de muchos, y de que por medio de mis Confesiones logre mas abundantemente, que por mis oraciones solas, la última cosa que me pidió y encargó.

---

---

## LIBRO X.

Muestra por qué grados fué subiendo al conocimiento de Dios; que se halla á Dios en la memoria, cuya capacidad y virtud describe hermosamente; que solo en Dios está la verdadera bienaventuranza que todos apetecen, aunque no todos la buscan por los medios legítimos: despues describe el estado presente de su alma, y los males de las tres concupiscencias.

---

### CAPÍTULO I.

*Que en solo Dios halla un alma su esperanza y alegría.*

1. Conózcaos yo, Padre mio, conózcaos yo como Vos me conoceis. Vos, Dios mio, que sois la virtud y fortaleza de mi alma, entrad en ella, ajustadla tanto á Vos, que la tengais, poseais y lleneis toda, y ella quede á vuestros ojos *sin arruga ni mancha*. Así lo espero y deseo, y esto me da aliento y con